

puedo anular tu enlace; entonces te diré: «Toma esta doncella que recibió la bendición nupcial para asistir, durante un mes, á la agonía del que le dió su nombre»; mas si tu memoria puede más en su alma, te la entregaré, pura cual la dejaste, y rodeada de una aureola de santidad.

Los ojos del monje habían ido iluminándose poco á poco de un ardimiento generoso, y levantándose y dirigiendo su derecha mano hacia el Barón, continuó:

—¡Ea, pues, Barón de Medina, ya estás libre! Ningún medio te prohibo para conseguir la victoria, como no sea el darte á conocer á Margarita... Despierta sus recuerdos, hazle oír de lejos tu voz... Esta lucha es buena y leal... es noble el combate: prepárate á él, y que decida la justicia de Dios.

Dicho esto, salió del aposento el religioso, mientras que Alberto caía de rodillas, elevando al cielo sus manos unidas y murmurando una oración.

## CAPÍTULO CUARTO

### UN PASEO EN EL RETIRO

¿Quieres, lector mío, acompañarme á Madrid? Poco tiempo estaremos en la coronada villa á fin de que podamos volver á encontrar pronto á Margarita; mas por ahora, abusando de tu condescendencia, retrocederemos juntos é iremos á la corte de España, para que conozcas al joven Adriano de Mendoza, hermano de la Marquesa de Santa Fe.

Ambos eran hijos de un antiguo y distinguido militar, que casó por amor con una joven hermosa y de noble cuna, pero pobre; fué, sin embargo, muy feliz, porque su sueldo bastaba á cubrir con holgura todas las necesidades de su familia, reducida á Isabel y á Adriano, que tenía doce años menos que su hermana y era tan hermoso como ésta.

Quince años contaba la joven y tres el niño, cuando perdieron á su buena madre: el dolor de aquella familia fué extremado, encontrando sólo consuelo en el amor que mutuamente se profesaban.

Tres años después, y en una hermosa mañana de estío, vió el Marqués de Santa Fe á Isabel en el Retiro. Volvía Luis de Girón de recorrer la An-

dalucía, y el contraste que la deliciosa figura de la señorita de Mendoza formaba con el recuerdo que guardaba de las mujeres de aquel país, llamó mucho su atención.

Llevaba la joven un sencillo pero elegante vestido de una ligera tela de color de rosa, que armonizaba divinamente con su espeso cabello castaño y con sus grandes y negros ojos, un poco tristes; su talle, flexible y delgado como un junco, estaba rodeado de un cinturón del mismo color del traje, que remataba por detrás en un ancho lazo con caídas, y el fino tejido de su mantilla lisa dejaba contemplar su magnífica cabellera enlazada detrás de su cabeza, y dos hermosos grupos de rizos ensortijados que, acariciando su frente, permitían ver el lóbulo de una pequeña oreja, blanca como el marfil.

Respiraban un candor tan sencillo las facciones de aquella joven; llevaba impresa en su frente y en el gracioso corte de su boca una bondad tan dulce, que era imposible verla sin amarla. Caminaba junto á su padre, que llevaba una levita militarmente abrochada, en cuyos ojales se veían sujetas diferentes cintas, que significaban otras tantas condecoraciones; el resto de su traje era enteramente negro, pero de una severa elegancia; su mano izquierda, cubierta de un fino guante gris, tenía asido el de la derecha, que ostentaba una pálida blancura, contrastando con el oro subido de una sortija de sellar.

La fisonomía del anciano, llena y rosada, era dulce y grave; sus grandes ojos negros conservaban negras también las cejas y pestañas, aunque su cabello estaba casi blanco, así como sus largos bigotes; era de elevada estatura y algo grueso; llevaba levantado el alto cuello de su camisa de batista, cuya blancura hacía resaltar más el elegante lazo de una corbata de raso negro.

Cuando el Marqués pasó junto á ellos, hablaba la joven y se reía.

Adriano corría delante.

De vez en cuando venía á colgarse de la levita de su padre ó del vestido de su hermana, para decir alguna de esas puerilidades tan seductoras en los niños, y después echaba á correr de nuevo, caballero en el bastón del coronel.

El joven Marqués quedó mirándolos, y después, por un involuntario movimiento, tomó tras ellos la misma calle de árboles, sin separar sus ojos de aquellas tres personas que cautivaban enteramente su atención: había tanta nobleza y dignidad en el padre, tanto encanto y gracia en la hija, tanta hermosura é inocencia en el niño, que bien podía disculparse su curiosidad.

—¿De veras no te cansas, hija mía?—preguntó el coronel á la joven con un acento lleno de ternura.

—De veras, no, papá—contestó ella dulcemente;—pero será mejor que nos sentemos un poco, si tú quieres, para que descanse Adriano, que me parece lo desea.

En efecto, el niño caminaba lentamente detrás de su padre y de su hermana.

Estos se aproximaron á un banco, y en seguida la joven tomó al niño en sus brazos, colocándolo suavemente en él y sentándose á su lado.

El Marqués dió un pequeño rodeo y fué á sentarse en aquel mismo banco, inclinándose antes delante del coronel y de la joven, quienes le devolvieron el saludo sencillamente.

Adriano, en su inocencia satisfizo su deseo más vehemente: acababa su padre de llenarle las manecitas de caramelos, y después de obligarle á tomar uno que le puso en la boca, y de hacer lo mismo con su hermana, desenvolvió otro graciosamente, y lo acercó sonriendo á los labios del Marqués, que lo tomó atrayéndole hacia sí y sentándole en sus rodillas.

La conversación se hizo entonces general: se habló del tiempo y de las noticias del día. Isabel hablaba también, porque no tenía esa ridícula timidez que generalmente oculta en las jóvenes tantos encantos; pero se expresaba con tanta naturalidad y dulzura, con una gracia y sencillez tan encantadoras, que subyugaron enteramente el corazón del Marqués.

—¿Cómo te llamas?—preguntó á éste el niño jugando familiarmente con la cadena de su reloj.

—Luis, hijo mío—contestó el joven.

—¿Y cómo más?

—De Girón.

—¿Será usted, caballero, el joven Marqués de Santa Fe, que acaba de volver de sus viajes, y de quien los periódicos extranjeros han referido rasgos tan magníficos de piedad y de beneficencia?—preguntó admirado el coronel.

En efecto: Luis, huérfano desde su más tierna edad, había sido confiado por sus parientes á un venerable sacerdote, que miró como su más grata tarea la de formar su corazón para la virtud. Conociendo su inclinación á viajar, no quiso contrariarla, y partió con él cuando sólo tenía doce años, recorriendo juntos casi toda la Europa.

La fortuna del joven Marqués era inmensa, y la beneficencia le seguía y acompañaba siempre. Dotado de un elevado talento, de un carácter observador y de un corazón muy sensible, fué la providencia de todos los desgraciados y la delicia de los altos círculos, donde se presentaba acompañado de su tutor, y la veneración que éste hacía sentir era igual al amor y admiración que Luis inspiraba. ¡La virtud es tan augusta y santa como respetable! Observad á los que hacen alarde de despreciarla, y veréis que, aun á despecho de su voluntad, les atrae y conmueve.

El corazón del joven, enteramente lleno con los goces de la beneficencia, permaneció cerrado al amor; acababa de cumplir veinticinco años, y volvió á Madrid para arreglar los asuntos de su casa y hacerse cargo de la crecida fortuna de sus padres, siempre acompañado de su anciano amigo.

—Soy, en efecto, el Marqués de Santa Fe, caballero—contestó con noble sencillez á la expresiva interpelación del coronel;—pero los periódicos han exagerado sin duda, al hablar de un sentimiento muy natural; yo no he hecho otra cosa que procurar aliviar los dolores de mis semejantes, aunque no siempre he podido conseguirlo.

El anciano no contestó: contemplaba silenciosamente á aquel joven tan simpático, cuya virtud se había hecho proverbial; y en verdad era preciso que esta virtud fuese muy grande y deslumbradora para brillar así, puesto que casi siempre es condenada, por lo menos, al olvido, ya que no al desprecio y al dolor.

—Marqués—dijo el padre de Isabel levantándose y alargando su mano al joven:—me llamo Diego de Mendoza y vivo en el número 10 de la calle del Carmen. Cuente usted desde hoy con un amigo fiel.

—Y usted, señor don Diego, crea que aprecio en lo que vale tan espontáneo y cordial ofrecimiento, y que lo agradezco con toda mi alma—contestó conmovido el Marqués estrechando entre las suyas las manos del anciano.—Ahora le ruego que me permita honrarme también con el título de amigo suyo, y que me dé licencia para ir á ver frecuentemente á mi querido Adriano—concluyó abrazando al niño.

—Le esperamos mañana, Marqués—dijo don

Diego con militar franqueza,—porque leo en el semblante de mi hijo el deseo de verle pronto.

—¡Hasta mañana, pues!—contestó Luis, cuyos ojos brillaron de alegría.

—¡Hasta mañana!—repitió Adriano enviándole con su manecita un último beso.

El coronel presentó el brazo á su hija, que se apoyó en él después de saludar al Marqués, y el niño montó en el bastón y echó á correr, alejándose los tres muy pronto de la vista de Luis, que dió un prolongado suspiro al ver desaparecer el último pliegue del flotante y largo vestido de Isabel.

## CAPÍTULO QUINTO

### UNA FAMILIA DE LA CLASE MEDIA

Las dos de la tarde daban en el reloj del Buen Suceso, cuando se paraba un elegante coche en una casa señalada con el número 10 de la calle del Carmen: uno de los lacayos, vestido como sus compañeros, con librea azul galoneada de oro, y en cuyo sombrero, galoneado también, se veía el escudo de armas de los Marqueses de Santa Fe, bajó del coche, se estiró todo lo posible sus ajustados guantes blancos, y abrió la portezuela, no sin descubrirse antes respetuosamente la cabeza. Después de recibir las órdenes de la persona que ocupaba el carruaje, entró en la casa, volviendo á aparecer después de breve rato.

—El señor coronel y la señorita están en casa y esperan al señor Marqués—dijo aproximándose de nuevo á la portezuela.

Al acabar estas palabras se retiró un poco para dar paso á un joven que saltó ligeramente al suelo: vestía un traje negro de suma sencillez; su frac, cortado con rigurosa elegancia, marcaba la esbeltez de su delgado talle, que se dibujaba redondo y gallardo; su chaleco blanco, liso y muy abierto, dejaba ver una camisa de batista, lisa

también, sobre cuyo transparente tejido lucían maravillosamente los largos pliegues de una corbata de raso negro, sujetos con una sola perla de magnitud extraordinaria y de incalculable valor.

Luis Augusto de Girón, pues ya le habrán reconocido mis lectores, era alto y hermoso; su tez muy morena y pálida, y sus facciones muy pronunciadas, demostraban que había nacido con pasiones violentas; tenía la nariz aguileña, la boca de un corte muy gracioso, y magnífica dentadura; sus grandes ojos pardos retrataban en su vívido resplandor la energía de su alma, y en su mirar franco y leal la nobleza de su carácter; sus espesos cabellos castaños estaban separados encima de la sien izquierda y rizados alrededor de su frente ancha, altiva y serena; el espesor sedoso de su bigote era igual á la hermosa franja de sus pestañas oscuras y á sus largas y rizadas cejas, que casi se unían entre sí, formando una cinta de terciopelo; la charolada bota y el finísimo guante gris descubrían una mano y un pie que habían hecho suspirar más de una vez á las robustas alemanas, y que habían envidiado las voluptuosas francesas.

Luis subió ligeramente la escalera, deteniéndose en el segundo piso delante de una puerta que tenía abierta una joven.

—Tenga usted la bondad de seguirme, caballero—dijo ésta después de cerrar; y cruzando

una antesala fresca y bonita, pero muy humilde comparada con las suntuosas y alfombradas antecámaras del palacio de Santa Fe.

—Buenos días, Marqués—dijo don Diego, que apareció envuelto en una sencilla bata á la puerta de una linda sala donde hizo entrar á Luis.—No llames á la señorita, Juana—prosiguió, sentándose, para obligar al joven á hacer lo mismo; y luego que hubo salido la doméstica, añadió dirigiéndose á él:

—El paseo de ayer la hizo daño, porque en su delicada salud todo causa sensación; pero está levantada y antes de retirarse la verá usted.

Mientras hablaba don Diego, contemplaba el joven Marqués aquella habitación con un indefinible placer: era una sala cuadrada y vestida de papel verde del más sencillo, pero de una frescura de colorido y una gracia en el dibujo poco comunes; caían delante de las puertas y de los dos balcones anchas cortinas de muselina blanca y lisa, sin otro adorno que un bordado sumamente lindo en su derredor, y cogidas con grandes abrazaderas doradas como las varillas que las sostenían. Veíanse sobre dos consolas iguales otros tantos espejos de un tamaño regular, cuyos dorados marcos, de un gusto admirable, aunque de insignificante valor, armonizaban perfectamente con los adornos de las cortinas y con el color del papel; reflejábanse en las lunas dos hermosos y frescos ramos de flores, colocados en modestos

pero bonitos jarrones de cristal; una sillería de nogal, con asientos de tela verde, completaba el mueblaje de aquella habitación, cuyo único adorno de valor eran algunos cuadros engastados en marcos dorados de un gusto exquisito, y colocados con simetría.

El Marqués, como hemos dicho, contemplaba con un sentimiento de bienestar aquella habitación tan linda, fresca y perfumada; mas al oír decir á don Diego que Isabel estaba enferma, se volvió vivamente y preguntó con alterada voz:

—¿Está enferma su hija de usted, señor don Diego?

—No es cosa de cuidado; un dolor de cabeza que le produjo el haber madrugado mucho ayer, ó por mejor decir, el incesante trabajo á que se entrega, á pesar de mis ruegos y de las amonestaciones de su aya: antes que se marche usted entraremos á verla... Pero—añadió el coronel—advierto que mira usted con mucha atención esos cuadros, que son obra suya. ¿Qué le parece á usted esa Virgen María? Es una copia de la famosa Virgen del Ceñidor.

—¡Divinal!—contestó Luis, que estaba arrobado ante aquella pintura.

—Es, en efecto, muy hermosa—prosiguió don Diego con orgullo paternal.—Mire, mire usted esa escena pastoril que hay á su izquierda, y más lejos la despedida á su patria del poeta de Sorrento. Vea usted cuán radiantes aparecen en la som-

bría barca la bella figura del Tasso y la dulce y poética de su hermana Cornelia; mire usted con qué naturalidad ondean al viento los rubios bucles de la joven. Estos dos cuadros son originales de Isabel. Y obra suya es también—continuó el coronel, incansable en sus elogios—casi todo lo que hay en esta habitación: ella ha bordado esa sillería y esas cortinas, ella ha formado esos ramilletes... ¡Oh, amigo mío! ¡No puede usted comprender cuán dichoso me hacen mis hijos!

Lágrimas de ternura brotaron de los ojos del anciano al pronunciar estas palabras, y durante algunos instantes permaneció silencioso, embargado por la emoción que sentía.

—Vamos—dijo al fin dominando su enternecimiento;—vamos á sorprender á mis dos ángeles en medio de sus tareas. Usted me dispensará, Marqués, el que falte así á la etiqueta de una primera visita, al contemplar el hermoso espectáculo que voy á ofrecerle.

Levantóse al decir esto, y salió seguido de Luis, dirigiéndose á otra puerta que abrió sin ruido y presentando á los ojos del joven un cuadro verdaderamente encantador.

Era una pieza bastante espaciosa, cuyas paredes estaban cubiertas de papel gris con ligeros dibujos de color de rosa; tenía dos anchurosas ventanas, entornadas á la sazón para evitar sin duda el ardoroso calor de aquel día de estío; unas cortinas blanquísimas, de tela gruesa, servían de

toldos y dejaban el aposento á una media luz. Reinaba allí ese desorden agradable que se advierte siempre en el cuarto donde se reúne la familia para las diarias ocupaciones, más animado y alegre que la suntuosa uniformidad de las habitaciones aristocráticas: una gran mesa de madera oscura ocupaba el centro, encima de la cual se veían juguetes de Adriano y útiles de costura; sobre las sillas de madera pintada, había telas, un sable de Adriano, un pequeño bastidor de bordar, y en la más cercana á la puerta, un grueso gato rubio, de largos bigotes y pecho blanco, producía ese mugido obscuro y prolongado, especial de la raza felina, abriendo cuanto podía sus grandes ojos grises.

En el fondo de aquel cuadro sombrío se destacaban blancas y graciosas las seductoras figuras de Isabel y Adriano. Hállabase la joven sentada junto á una de las ventanas y llevaba una bata blanca ajustada á su cintura, delgada como la de una niña, con un largo cordón de seda azul: estaba pálida, y sus grandes y hermosos ojos negros retrataban una melancólica dulzura; su espeso cabello castaño, recogido en dos gruesas trenzas, destacaba su oscura sombra en sus blancas y transparentes sienas. Tenía á su lado un gran canastillo de labor, lleno de ropa blanca, de donde sacaba pieza por pieza y la repásaba cuidadosamente para plancharla después.

Sentado enfrente de ella y apoyando un peque-

ño libro en una silla que tenía delante, se veía á Adriano estudiando gravemente su lección: llevaba el niño un pantalón blanco, bordado, y una linda blusa de tafetán gris muy escotada y que permitía ver sus graciosos hombros y su pecho de una rosada blancura; su camisa, bordada y arrugada algún tanto, salía por la abertura del vestido, y sus cabellos, más oscuros que los de Isabel, caían sobre su frente en gruesos bucles, que bajaban hasta besar sus hombros; habíase quitado, sin saberlo quizás, una de sus botitas de raso oscuro, y su lindo piececillo, cubierto solamente por una media rayada blanca y de color de rosa, se movía sin cesar sobre el lustroso y encerado pavimento.

Junto al niño estaba sentada una mujer de edad madura y aspecto venerable; á pesar del calor, llevaba un vestido de lana negro, un ancho cuello, blanco como sus mangas, y un delantal de seda oscuro; tenía puestos unos lindos anteojos de oro, y sus cabellos encanecidos, pero finos y espesos, estaban peinados con esmero; hacía calceña, y en sus blancas y afiladas manos y en lo distinguido de su fisonomía se adivinaba que había sido mecida en buena cuna.

—B A, Ba; B E, Be...—decía Adriano mirando atentamente su cartilla, y señalando con la punta de su diminuto dedo, cuando abrió la puerta su padre.

—Vamos á la segunda lección—dijo Isabel sin

ver tampoco á don Diego y al Marqués, que se habían detenido en el umbral; y al decir esto, tomó un peinador para zurcir en él un pequeño rasgón.

—Por Dios, hija mía—dijo entonces la anciana;—deme usted eso, que es mío, y yo lo haré: no está usted hoy para coser tanto rato... ¡Válgame Dios, trabajando desde las siete de la mañana!... Y para descansar ha mandado á Juana poner las planchas para esta tarde.

—Aseguro á usted, aya mía, que estoy buena. Vamos—añadió desprendiendo dulcemente la pieza de las manos de la buena señora;—déjeme usted trabajar: ya sabe que lo hago siempre con sumo gusto cuando es para usted.

—¡Pero Dios mío, va usted á ponerse peor!

—No lo crea usted: estoy acostumbrada desde niña á trabajar sin cesar, y nunca se me ha hecho penoso.

Al pronunciar Isabel estas palabras, levantó la cabeza Adriano, lanzó un grito de alegría al ver en la puerta á su padre y al Marqués, y tirando el libro sobre la silla, corrió presuroso hacia ellos.

—Buenos días, Luis—dijo empinándose sobre las puntas de sus piececillos;—buenos días, papá. Vamos á ver á Isabel y á Susana.

Y los condujo al extremo de la sala en que estaban la joven y su aya.

El Marqués se inclinó profundamente delante de Isabel, y saludó á la anciana, que le contestó

con una mezcla de dignidad y cortesía: en cuanto á la joven, le devolvió el saludo sin turbarse en lo más mínimo, y continuó su labor.

—Susana, mira mi pie—dijo repentinamente el travieso Adriano, mostrándolo desnudo.

La anciana se inclinó, cogió la botita del niño y se preparaba á calzársela, mas Isabel se la quitó dulcemente.

—No se moleste usted, aya mía, yo se lo suplico—dijo sentando á su hermano sobre sus rodillas; y sin rubor ni apresuración, calzó el lindo pie de Adriano, poniéndole en el suelo después de besarle en la frente.

Tanta dulzura, talento y bondad, tenían absorto al joven Marqués. Idólatra de la virtud, la veía allí brillando en todo su esplendor; la hermosura de aquella adorable joven era además superior á cuanto había visto, y su candor, modestia y sencillez, comparable sólo á su elevado talento.

Despidióse aquel día, y durante un mes estudió aquel angélico y purísimo ser; encontrando en Isabel el modelo de todas las virtudes, pidió su mano. El anciano don Diego no se sorprendió de esta demanda: era noble su cuna, y por otra parte sabía que su hija valía más que todos los tesoros de la tierra.

Por lo que toca á Isabel, no había amado nunca, y al consultarla su padre un día en que estaba pintando, dijo solamente apartando los ojos del caballete:

—¿Serás tú feliz, papá? ¿Vivirás á mi lado con mi hermano y Susana?

—Seré muy feliz, hija mía—repuso el anciano,—porque sé que lo serás tú también, y viviremos contigo, si lo quieres, porque tal es el deseo de Luis.

—Entonces, papá, dile que soy suya, y que cuando quiera me uniré á él.

Isabel se inclinó de nuevo sobre su caballete, y la despedida de Ana Bolena de las costas de Francia embargó toda su atención.